

Hacia una teoría de los artefactos como realizadores

Towards a theory of artifacts as realizers

DIEGO PARENTE Y ANDRÉS VACCARI
CONICET / Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina

Recibido: 16/12/2021 Aceptado: 03/02/2022

RESUMEN

Este trabajo presenta el esquema básico de una «teoría de los realizadores», una propuesta programática que busca establecer una alternativa al modelo dominante en los debates actuales sobre la ontología de los artefactos. Nuestra posición es que podemos comprender mejor el mundo artificial si nos acercamos a los artefactos en términos de «realizadores» y sus correspondientes «realizaciones» en lugar de como objetos esencialmente «funcionales». Con este objetivo en mente, el artículo desarrolla en primer lugar la caracterización de los artefactos como «realizadores» y, en segundo lugar, defiende esa idea en el contexto de la ontología de los artefactos y otras discusiones en filosofía de la tecnología. La última sección reconstruye a nuestros adversarios intelectuales: una serie de dualismos que estructuran los debates actuales tales como materialidad-función, material-simbólico, estructura-función. Sostenemos que la teoría de los realizadores / realizaciones puede superar estos dualismos dominantes y ofrecer una versión mucho más rica de la vida de los artefactos.

PALABRAS CLAVE

ARTEFACTO, REALIZADORES, MATERIALISM, FUNCIÓN TÉCNICA,
DUALISMO

ABSTRACT

This paper presents the basic outline of a «theory of realizers», a programmatic proposal that aims to establish an alternative to the dominant model in current debates on the ontology of artifacts. Our position is that we can better understand the artificial world if we approach artifacts in terms of «realizers» and their corresponding «realizations,» rather than as

essentially «functional» objects. With this objective in mind, the article firstly develops the characterization of artifacts as «realizers» and, secondly, defends the idea in the context of the ontology of artifacts and other discussions in the philosophy of technology. The last section reconstructs our intellectual adversaries; a series of dualisms that structure present debates, such as materiality-function, material-symbolic, structure-function. We argue that the theory of realizers/realizations can surmount these prevailing dualisms and offer a much richer account on the life of artifacts.

KEYWORDS

ARTIFACT; REALIZERS; MATERIALISM; TECHNICAL FUNCTION; DUALISM

INTRODUCCIÓN

EN LAS SIGUIENTES PÁGINAS procuramos presentar los lineamientos básicos de una teoría de las realizaciones, una novedosa perspectiva sobre la ontología de los artefactos. Nuestra tesis general es que podemos comprender mejor el mundo artificial si nos aproximamos a los artefactos en términos de realizadores y sus correspondientes realizaciones, más que en términos de objetos dotados de función (aquello que Juvshik 2021 ha denominado «esencialismo funcional»).

Para nuestros propósitos, comenzaremos por aludir a la noción convencional de ‘artefacto’ (algo nebulosa y problemática en sí en la medida en que subsume nociones como herramienta, máquina, sistema y ‘objeto técnico’) como punto de referencia porque esto facilita el examen de ciertas consecuencias de nuestra propuesta en el ámbito de debates troncales en filosofía de la técnica. No es nuestra intención reemplazar la noción de ‘artefacto’ por la de ‘realizador’ como nueva unidad de análisis, sino preguntarnos de qué modo la noción de realizador y la de realizaciones iluminan aspectos de los artefactos que otros enfoques no logran esclarecer. La noción de realizador se propone superar los dualismos que constriñen la mirada de ciertas corrientes y debates fundacionales como el funcionalismo, el intencionalismo y las distinciones simbólico/material, social/técnico, función/estructura, etc.

Sin embargo, como veremos, nuestra propuesta disuelve la noción convencional de artefacto y la recontextualiza en redes de prácticas, procesos híbridos en los que participan humanos y no-humanos. El término «no-humano» no engloba exclusivamente a artefactos o tecnologías, sino que abarca también otros aspectos de las prácticas, tales como las ecologías cognitivas (Hutchins 2010). Los artefactos son estabilizadores de prácticas en virtud de su relativa robustez material y permanencia temporal. Precisamente, la noción de «realizador» se refiere a esta consistencia material y temporal. Mientras que la noción de realizador tiende a capturar al artefacto qua «objeto», la noción de realización refiere a los procesos en los que los artefactos están involucrados.

Considerando este objetivo, el presente trabajo se halla estructurado de la siguiente manera. En la sección [1] abordaremos al artefacto como realizador

desde nuestra propuesta de una teoría de las realizaciones. En la sección [2] haremos algunas aclaraciones conceptuales generales en torno a estos conceptos. La sección [3] identifica dos posturas adversarias a nuestra teoría: el funcionalismo (tanto en su versión intencionalista como no-intencionalista) y la división simbólico-material, aún dominantes en el ámbito de filosofía de la técnica y en las ciencias sociales. En este marco pretendemos demostrar que las nociones de realizador-realización favorecen la emergencia de una lectura más amplia y realista del artefacto, y superan ciertas dificultades centrales de los enfoques tradicionales. Nuestra propuesta es correr el énfasis del aspecto funcional de los artefactos y focalizarnos en los múltiples niveles de la realidad en que ellos actúan. En un desmedido afán de interpretar al artefacto en términos de ‘funciones’, corremos el riesgo de ignorar la dimensión propia del artefacto como posibilitador de mundos posibles y su estatuto de componente de una red inter-objetiva. Nos proponemos restituir el interés filosófico por este territorio oculto bajo los dualismos clásicos que estructuran nuestro pensamiento. En la conclusión, resumimos los puntos principales de nuestro argumento, identificamos algunas posibles objeciones, damos forma a nuestra defensa de la noción de artefacto-como-realizador, y justificamos nuestra noción de práctica como conjunto de acciones híbridas, metaestables y distribuidas, ancladas en redes de artefactos.

I. ARTEFACTOS COMO REALIZADORES

Ciertamente la noción de «realizador» (*realizer*, en su versión en inglés) es un concepto utilizado de manera heterogénea en diversas subdisciplinas filosóficas durante los últimos veinte años. En este sentido debemos diferenciar nuestra noción de realizador/realización de los conceptos de *realization* y *realizer* en filosofía de la mente. Estos dos términos en inglés han migrado, a su vez, a debates en filosofía de los artefactos, en particular en el contexto del problema de la realizabilidad múltiple. Brevemente, las nociones de *realization* / *realizer* remiten a una relación de dependencia entre estados mentales y su base neuronal (física), aunque los términos suelen ser empleados de diferentes modos y en el contexto de diferentes teorías (Baysan 2015). Aquí se abre la posibilidad de que diferentes estados mentales puedan ser «realizados» por las mismas propiedades físicas y, más generalmente, se plantea el problema de la relación entre dos fenómenos al parecer distintos en su naturaleza (mental/física). En la filosofía de la técnica se presenta un problema análogo entre función y estructura. En el transcurso del artículo abordaremos el problema de la realizabilidad múltiple en el contexto del funcionalismo. Precisamente nuestra propuesta busca zanjar el problema metafísico de las relaciones de dependencia entre *realizations* y sus *realizers* en el contexto de la ontología de los artefactos.

Una vez realizada la anterior aclaración, en este trabajo partimos de la premisa de que un artefacto es un tipo de realizador. Este es su modo de existencia. A diferencia de posiciones más ambiciosas y generalistas, no nos interesa elaborar una ontología general, sino una teoría del artefacto como realizador. Al mismo tiempo, no descartamos que las prácticas incluyan también otros tipos de realizadores (por ejemplo, ecologías cognitivas). ¿Qué nos dice esta premisa de significativo e interesante acerca del estatuto filosófico de los artefactos?

En primer término, la noción de realizador apunta a esclarecer el hecho básico de que una misma estructura material se articula en múltiples contextos y con efectos diversos. Un artefacto puede dar origen a diversas realizaciones, algunas fácticas, otras virtuales, pero siempre plurales. Un martillo tiene entre sus realizaciones el servir como objeto percusivo para golpear clavos; también el hacer peso sobre una superficie e impedir que se vuelen otros objetos, por ejemplo hojas de papel; o puede generar una imagen para recordar a su propietario, por ejemplo un familiar fallecido. El martillo opera, en cuanto ente dependiente de una cultura material, en todas estas escalas al mismo tiempo.

En paralelo, los artefactos articulan realidades materiales y simbólicas configurando el despliegue de la acción humana en el mundo en virtud de sus propiedades físicas y del contexto en que se hallan situados. Siguiendo a Broncano (2000), los artefactos constituyen operadores de posibilidad que abren «mundos posibles», son entes materiales que transforman el espacio de posibilidades redefiniendo cada vez el ámbito de las intenciones y de la postulación de objetivos. Toda realización es conjunta, y en ella participan múltiples realizadores actuando en el contexto de ciertas condiciones que contribuyen a la realización, las cuales, como veremos, también pueden ser consideradas realizadores, pero en otro orden de magnitud que excede a los artefactos. En este sentido acotado, los artefactos tienen ‘agencia’ en virtud no solo de sus propiedades materiales sino del conjunto reticular híbrido (de humanos y no-humanos) en el que están insertos (Parente 2016).

Un martillo clavando un clavo, un teléfono móvil enviando un mensaje, o un cable de electricidad transportando energía eléctrica sugieren realizaciones que suponen un trasfondo de otros realizadores conectados en términos de un tejido. Ninguna realización se da en solitario: el mismo término ‘realizador’ remite a una relacionalidad inherente a las prácticas y objetos técnicos, a una suerte de ecología artificial que permite que haya relaciones inter-objetivas eficaces, estables y sostenidas en el tiempo. Sin embargo, este tejido está afianzado en artefactos cuyas características no están definidas relacionalmente, aquello que McGrail (2008) llama «el peso modal de la materia». Las características físico-estructurales del artefacto contribuyen a su modo de acción, y a la posibilidad de realizar ciertos efectos y no otros. En cierta manera, estas potencialidades «preexisten» a las prácticas.

En principio, la teoría de los realizadores se inscribe en una perspectiva realista que abarca un amplio espectro de efectos: culturales, sociales, políticos, psíquicos, etc. Adherimos al tipo de realismo propuesto por Simondon (2008) según el cual el artefacto es una entidad concreta y autónoma con una estructura y modo de operación determinados. Los artefactos son estructuras con disposiciones internas definidas, las cuales alojan procesos físicos, químicos y energéticos. En cierto modo, los realizadores requieren, como condición necesaria para su despliegue, un mínimo de «consistencia ontológica» dada por las relaciones internas y cerradas de causalidad al interior del objeto, tal como lo describe Simondon. Esta consistencia ontológica, apuntalada en relaciones causales de clausura, caracteriza precisamente a los organismos y a los ensamblajes técnicos. Asimismo, nos permite distinguir diferentes escalas al interior del mundo artificial (por ejemplo, elemento, individuo y ensamblaje).

En paralelo, dependiendo de la complejidad del artefacto (herramienta, máquina, sistema), podemos distinguir capas de realizadores y respectivas realizaciones al interior del artefacto. En cierto modo, la consistencia ontológica de los artefactos es resultado de una cierta distribución de las realizaciones. Los elementos técnicos o «módulos» agotan sus realizaciones en el interior del artefacto mismo. Por ejemplo, una fuente de alimentación de un dispositivo como una computadora realiza un efecto «dentro» del artefacto. Su realización equivale a su contribución al esquema de operación interno, mientras que las realizaciones de los artefactos (considerados como unidades) sobrepasan al artefacto y se extienden en el mundo, efectuando transformaciones en el entorno y en las prácticas. De tal modo, la distinción simondoniana entre elementos, individuos y conjuntos técnicos parece ser solidaria de esta propuesta materialista de las realizaciones.

Precisamente la teoría de las realizaciones se propone indagar sobre las consecuencias filosóficas de una teoría «materialista» de los artefactos, es decir, una teoría que no hace referencia a las intenciones humanas o que gira alrededor del agente humano como punto de referencia ontológico hegemónico. Una aproximación materialista de este estilo puede tomar una impronta simondoniana, como aquella que distingue entre función y funcionamiento. Para el enfoque funcionalista (intencionalista o no) en teoría de los artefactos, lo único que importa es lo que el artefacto «hace» respecto a su función socialmente establecida (si lo hace bien o mal, si malfunciona, etc.) Pero existe un plano de operaciones que revela la vida «pre-social» o pre-discursiva de los artefactos. Este plano estaría corporizado en la esfera de su funcionamiento, un esquema «puro» de operación. El funcionamiento implica, por ejemplo, relaciones -concretizadas o no- entre elementos técnicos en el sentido simondoniano, es decir, relaciones inter-objetivas en las que las atribuciones funcionales estándar no tienen sentido. La ontología de artefactos estándar, centrada en la realización

de una función propia del artefacto, se halla encorsetada en una pequeña porción de lo que llamaríamos la «vida de los artefactos». En tal sentido, termina desestimando un plano de relaciones inter-objetivas al interior de un sistema técnico o artefacto que, desde nuestra perspectiva, puede ser recuperado en esta clave simondoniana de lectura.

Al mismo tiempo, la propuesta que presentamos aquí debe distinguirse de enfoques más generales, en particular de la OOO, la Ontología Orientada a Objetos (Harman 2015, Meillassoux 2010). Esta última no diferencia en principio entre objetos artificiales y no artificiales, y no está preocupada por dar cuenta del ámbito artificial como si se tratara de un conjunto identificable o dotado de una estructura interna distintiva. Por el contrario, la noción de «objeto» en Harman (2015) o de «máquina» en Bryant (2014) borran completamente las fronteras entre artefactos y otros 'objetos' e impide considerar al mundo técnico como un fenómeno distintivo y particular: un tercer tipo de «reino» entre lo inanimado y lo viviente.

En paralelo, la propuesta de una teoría de las realizaciones también debe distinguirse de otras alternativas teóricas que han surgido en el debate contemporáneo en el ámbito de las humanidades, tal como la noción de «actante» provista por la Actor-Network Theory. Según esta perspectiva, los artefactos pueden ser incluidos en la categoría de «actante», una entidad que «hace cosas» (Latour 1992: 241) o que «desplaza acciones» (Akrich y Latour 1992: 259). Según Latour, aquello que hacen estos agentes materiales, además de determinar y servir como telón de fondo de la acción humana, es «autorizar, permitir, dar los recursos, alentar, sugerir, influir, bloquear, hacer posible, prohibir», es decir, privilegiar ciertos programas de acción y obstaculizar otros. Esta posición latouriana tiende a simetrizar las contribuciones causales de todos los componentes al interior de un determinado ensamble quitando el privilegio de las acciones humanas como única fuente genuina de agencia. Sin embargo, a diferencia de la perspectiva latouriana, el enfoque aquí propuesto no proyecta una unidad mínima para comprender el despliegue de los distintos ensambles ni tampoco implica un compromiso con una determinada teoría de la agencia, sino más bien una indagación sobre los elementos de una acción técnica en el marco del vocabulario provisto por el debate de ontología de artefactos.

Una realización comprende el espectro de efectos causales de un realizador, o realizadores actuando en conjunto. Ser genuinamente realista respecto a este fenómeno significa aquí respetar y otorgar un lugar a las condiciones materiales de las cosas técnicas que no quede encorsetado por el conjunto (humano) de proyecciones, representaciones y simbolizaciones, o por aquello que podríamos llamar la «semiotización» de los artefactos, es decir, su reducción a significados inmateriales que gobernarían de algún modo la lógica de su evolución. Sin embargo, el realismo también implica la pregunta por la

relación entre condiciones materiales y efectos ‘ideales’, por ejemplo con la producción de subjetividades y la reproducción de ideologías, conductas y estructuras sociales. En este sentido, el artefacto no puede ser escindido de sus productos causales y del contexto en el que está encastrado. La realización excede al realizador y la pregunta fundamental es por la contribución causal de un realizador o realizadores a una realización determinada: en qué sentido y en qué modos específicos contribuye un cierto artefacto a un efecto, al logro conjunto de una acción.

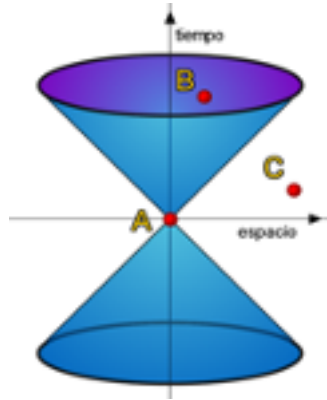
II. REALIZADORES Y REALIZACIONES. ALGUNAS ACLARACIONES CONCEPTUALES

El realizador no es un «mínimo» metafísico, un componente irreductible. Una realización es un evento, un resultado causal que implica un cambio en un estado de cosas. Un artefacto considerado como realizador no posee una unidad ontológica más allá de su unidad física o sistémica. Sin embargo, esta unidad (el hecho de ser un ente físico integrado con diversos grados de autonomía de operación, desde una escoba a una central hidroeléctrica) es distintiva del artefacto y lo señala como un tipo especial de realizador. De este modo, los realizadores son más cercanos a los objetos, mientras que las realizaciones se acercan a los eventos.

Podemos delimitar realizadores y realizaciones en diferentes niveles de análisis y de acuerdo con criterios de nuestro interés. Todo logro es una realización: abrir una botella, la Revolución Sexual, el estado de vigilancia chino, el Antropoceno. Una realización es efímera en el tiempo, incluso cuando implique la producción de una estructura física duradera (pero efímera al fin, en su propio orden de magnitud). En algunos casos, las realizaciones tienen bordes más o menos precisos en el espacio y el tiempo; sin embargo, en su mayor parte exhiben una estructura anidada, por lo cual cualquier delimitación se vuelve una cuestión de perspectiva. De este modo, las condiciones habilitantes del entorno (por ejemplo, el efecto causal de la gravedad en el funcionamiento del corazón) también pueden considerarse realizadores, contribuyentes causales a una realización. La noción de realización no hace distinción entre componentes «propios» de un sistema y condiciones habilitantes. Se sigue de esto que no hay realizaciones puramente «naturales» o «artificiales».

La distinción misma entre realizador y realización es también, en cierto punto, una cuestión de escala. Todo realizador es una realización. Podemos ilustrar esta distinción con la analogía del cono de luz en las teorías general y especial de la relatividad (Minkowski 2012). Así como el cono de luz representa la evolución en el tiempo de un haz luminoso, que se cruza con otros haces, una realización nos remite a un punto de origen material en el artefacto. Este efecto puede «diluirse», de modo que las realizaciones suelen ser difusas y,

dependiendo del orden de magnitud, pueden abarcar la acción conjunta de muchos realizadores.



El artefacto es un tipo de realizador con características distintivas. Una característica central de los artefactos es su permanencia material, su unidad física y estructural. Esto garantiza la producción de un efecto que es, a la vez, siempre y nunca el mismo. El artefacto es una estructura física sede de procesos, y a la vez actúa de mediador y disparador entre las acciones humanas y el mundo en el contexto de prácticas. El siguiente ejemplo servirá para ilustrar los conceptos anteriormente planteados. Una fotografía de un familiar muerto produce una cierta realización, la de invocar un recuerdo y emociones ligadas a éste. La eficacia de esa realización está soportada sólo en parte en el material plástico o en el conjunto de píxeles que conforman lo que llamamos «fotografía». Es necesario situar este efecto en el contexto de prácticas culturales que entrelazan cajas, archivos de imágenes, fotografías, humanos, sillones, recuerdos, rituales de rememoración, etc. La práctica cultural de recordar con la ayuda de archivos visuales involucra varios realizadores. Si quitamos la práctica cultural con sus rituales tanto conductuales como simbólicos, la fotografía ya no evocará nada, y no constituirá un realizador en el modo descrito anteriormente. Toda una ecología artificial, que involucra humanos y no-humanos, garantiza la eficacia del gesto de ver una fotografía y obtener recuerdos a partir de esa acción. Asimismo, los recuerdos pueden variar cada vez que uno mira la foto en virtud de los factores contextuales. De este modo, el mismo realizador da lugar a una serie de realizaciones distintas, y en esto radica la singularidad del artefacto: su función de anclaje material para sucesivas realizaciones.

Esta perspectiva nos lleva a indagar el espectro de realizaciones que un artefacto materializa inscripto en su contexto específico o a través de varios

contextos diferentes. A su vez, nos lleva a considerar otras iteraciones posibles, otras realizaciones y mundos futuros a partir de los artefactos existentes. Los artefactos (desde un martillo hasta un acelerador de partículas) muestran varios grados de complejidad estructural. Asimismo, ellos se hallan entramados en relaciones con otros artefactos (destornilladores, tornillos y tuercas; o automóviles, carreteras y estaciones de servicio) que estabilizan sus efectos o «funciones». Este ordenamiento distingue a los artefactos de los meros procesos físicos. El tipo de realización que produce una piedra alterando la corriente en un río no es la misma que produce un clavo pegado a una madera o el motor de vapor de un ferrocarril en la medida en que en estos últimos casos suponemos una instancia de control, una normatividad mínima que da cuenta de la vinculación entre un objeto y otro. La idea de una «cultura material» permite comprender a los artefactos como nodos o centros de entrelazamiento de habilidades y saberes, de agencias humanas y no humanas, en el marco de prácticas de cultura acumulativa (Tomasello 1999).

Es necesario destacar que los artefactos contienen una dimensión virtual similar a lo que los funcionalistas llaman «funciones sistémicas» (Preston 1998). La tecnología SMS, por ejemplo, fue incluida en los primeros teléfonos celulares como una funcionalidad residual. Los diseñadores no anticiparon el éxito del SMS (y sus posteriores mutaciones, como WhatsApp) como medio de comunicación. En este caso, una realización virtual se vuelve actual. La noción de realizador coloca en el mismo plano lo real y lo virtual ya que se mueve dentro de lo posible y no necesariamente dentro de lo actual. Por este motivo, la realización no es meramente un producto causal o multicausal, sino que abarca un mundo de otras realizaciones posibles, a menudo excediendo el conocimiento de los diseñadores y usuarios.

Los artefactos son importantes desde el punto de vista filosófico porque son objetos clave en la acción y la cultura humanas. Constituyen el andamiaje de la enculturación y la memoria colectiva, y son nodos duraderos que estabilizan las estructuras psíquicas, sociales y políticas. A su vez son órganos de reproducción cultural e ideológica. Los artefactos se destacan especialmente como nucleadores de prácticas y permiten entender a las prácticas como tales. Por este motivo, los artefactos son ejemplos representativos de realizadores. Hay un modo específico, identificable, bajo el cual los artefactos típicos funcionan en el marco de una cultura material. Estos realizadores merecen atención filosófica disciplinar específica, esto es, merecen ser objeto de estudio de una filosofía de la cultura material en sentido propio.

Consideremos otro ejemplo: el caso de las monedas. ¿Qué «hacen» las monedas? ¿Cuál es su estatus agencial? Tomemos una moneda del Imperio Romano, más específicamente una moneda con la imagen del emperador Adriano. Este objeto metálico tiene una serie de contribuciones causales en

diversos niveles de análisis, de lo micro a lo macro, desde lo material (las sustancias que lo componen, la posibilidad de su acumulación, el peso en la mano o la bolsa, etc.) hasta lo simbólico. Las monedas con la imagen del emperador Adriano son un instrumento de intercambio que monetiza la economía, pero también contribuyen a imponer la figura del emperador en territorios lejanos que responden a su imperio. Al mismo tiempo, hacen peso en el bolsillo o en una bolsa, y generan oxidación en caso de entrar en contacto con agua. Todas estas son realizaciones de la moneda que, en algún punto, se encuentran en un terreno plano sin que tenga sentido distinguir, entre ellas, «funciones» propias o sistémicas. Afirmar que las monedas son solamente un mediador de los intercambios, agotar la naturaleza de las monedas en ese rango de acción, es encorsetar el conjunto polivalente y multidimensional en el que dichos objetos juegan al interior de una cultura material.

Propongamos un último ejemplo: un trabajador en una fábrica de submarinos accionando una máquina que taladra agujeros en una plancha de metal. ¿Cuál es la realización aquí? ¿El agujero en el metal? ¿El submarino terminado? ¿El aburrimiento del trabajador? Todas estas son realizaciones anidadas y varias narrativas son posibles dependiendo del punto de vista que deseemos escoger. Alguien podría sostener que el estado chino de vigilancia es un realizador, en una escala distinta a un destornillador o a un algoritmo de reconocimiento facial. En cierta modo, el estado chino de vigilancia «realiza» cosas; sin embargo, en este orden de magnitud, es más productivo considerarlo como una realización posibilitada por ciertas tecnologías e imperativos políticos. No hay un criterio fijo para distinguir realizadores y realizaciones, más allá de la utilidad de esta distinción en un contexto dado. Realizador y realización son aspectos de un mismo fenómeno, una relación que nos permite identificar las conexiones causales entre aspectos de la tecnología y sus efectos en el mundo.

III. CONTRA LOS DUALISMOS EN FILOSOFÍA DE LA TÉCNICA

En las siguientes dos secciones caracterizaremos dos adversarios teóricos de nuestra propuesta de una teoría de las realizaciones: el funcionalismo en filosofía de los artefactos y las posiciones que distinguen entre eficacia material y eficacia simbólica en el tratamiento antro-po-sociológico sobre los artefactos. Trataremos de demostrar cómo una teoría de las realizaciones supera los escollos de estos dos enfoques clásicos.

III. 1. EL ESENCIALISMO FUNCIONAL EN FILOSOFÍA DE LOS ARTEFACTOS

La filosofía de la técnica ha recaído frecuentemente en ciertos dualismos fundacionales. Siguiendo el análisis de Brey (2005), podemos situar estos dualismos -en el contexto de las ciencias sociales- en los debates entre el

sociologismo y el materialismo, y entre el realismo y el constructivismo (o textualismo, tal como lo denomina Ferraris 2005). Estos dualismos establecen barreras impenetrables entre tecnología y agencia humana al tiempo que otorgan un privilegio exclusivo a uno u otro lado de esta división. Creemos que estos dualismos a veces afloran en lugares insospechados y que distan de ser superados (a pesar de que, de vez en cuando, alguien salga a declarar su muerte). Sostenemos que el concepto de realización puede ayudarnos a superar sustantivamente algunos de estos escollos.

La distinción entre «mente» y «materia» constituye quizás el dualismo más dominante en toda la filosofía de la técnica, y sirve a su vez de apoyo a otras distinciones centrales: intención/materialidad, simbólico/real, función/estructura, etc. Muchas discusiones sobre la relación entre la agencia humana y sus instrumentos técnicos tienden a separar explícita o implícitamente un reino mental (de intenciones y deseos) de un reino material (de estructuras y operaciones físicas). De este modo, se ha argumentado que los artefactos se caracterizan por una «naturaleza dual» (Kroes y Meijers 2002, Kroes 2012). Considerando el aspecto material, un artefacto es una estructura con sus propias características físicas y un modo de operación objetivo. Focalizando el aspecto mental, un artefacto obedece a las intenciones de un diseñador y a la voluntad de un agente con ciertos propósitos y fines. En las versiones más extremas del intencionalismo, el artefacto es una realidad material inerte, «impresa» o moldeada por las intenciones humanas (Hilpinen 1992 y 1993, Thomasson 2007). Así como el dualismo cartesiano dio origen a un enigma filosófico irresoluble, también el dualismo intención/materialidad nos remite a un hilemorfismo hoy en día indefendible.

Gran parte del debate sobre los artefactos (Thomasson 2009, Preston 2009) adopta, como línea prioritaria de análisis, a las funciones de los objetos técnicos. Entre estas posiciones sobre filosofía de los artefactos se destaca el intencionalismo (Parente y Crelier 2015). El supuesto subyacente del intencionalismo es que la naturaleza de los artefactos reside (y se agota) en sus cualidades funcionales, es decir, en sus funciones propias o «privilegiadas», determinadas por los estados intencionales del diseñador. En este sentido, una silla es un objeto diseñado para sentarse en él. Esta escena primaria sesga la lectura de las posibles interacciones y los modos en que describimos «qué hacen» las sillas. Nuestra tesis entra en conflicto con este tipo de perspectivas que enfatizan los aspectos funcionales de los artefactos como aquellos que le otorgan su identidad ontológica.

Por su parte, el reproductivismo (posición no-intencionalista inscrita en el marco del anterior debate) hace hincapié en las funciones, sean funciones propias surgidas de la historia reproductiva del ítem o sistémicas (Millikan 1999, Elder 2007, Preston 2013). Tanto el intencionalismo como el reproductivismo

coinciden en considerar a los artefactos como objetos funcionales. Todo aquello que escapa al ámbito de la atribución funcional o del rol histórico que dichas funciones pueden haber tenido en la trayectoria de un cierto linaje artificial, queda fuera de análisis o al menos es claramente marginalizado.

Especialmente en la orientación intencionalista, la mayor parte del debate se ha visto atravesada por lo que podríamos denominar una «semiotización» de los objetos técnicos. El vocabulario semiótico o «textualista» tiene hegemonía en las tesis y discusiones derivadas del enfoque de Delft (el denominado Dual Nature Program, Kroes 2012). De acuerdo con esta lectura, los artefactos son textos, cuyas inscripciones ha realizado un autor orientado a un intérprete, que lo debe descifrar, entre varios significados posibles, para distinguir y actualizar su función propia. Este enfoque introduce una visión unilateral de los artefactos que tiende a desestimar sus aspectos materiales y sus constricciones básicas para la acción, el significado y cualquier forma de normatividad.

Si bien el funcionalismo introduce el problema de la normatividad, creemos que esta cuestión debería abordarse desde una perspectiva más deflacionada. La normatividad surge en el contexto de las realizaciones y del hecho de que los artefactos están encastrados en prácticas. Los artefactos pueden efectivamente actuar como objetos funcionales normativos, y los deseos e intenciones pueden contribuir a una realización, como la de clavar un clavo o enviar un mensaje telefónico. Pero el artefacto excede a estas prácticas, lo cual explica su poder causal en varios posibles contextos o realizaciones, muchos de ellos no previstos en los escenarios planificados por sus diseñadores. La dimensión normativa sólo puede emerger y adquirir sentido en el marco de un mundo de realizaciones más básico que les sirve de fundamento material. Dicho de otro modo: una función es una realización pasible de iteración que ha devenido socialmente reconocible como tal. Es una cierta realización «privilegiada» de un artefacto, que cuenta además con muchas otras posibles.

De tal manera, la «función» cubre solo una pequeña parte de la vida de los artefactos y no puede agotar el espectro de sus realizaciones. La idea de función es, por un lado, demasiado antropocéntrica y, por otro, no suficientemente exhaustiva. El artefacto es reducido así a un espectro limitado que oculta su naturaleza polivalente. El esencialismo funcional barre bajo la alfombra el conjunto heterogéneo de realizaciones y de contextos de prácticas que sirven de base a la detección y uso «funcional» de un ítem de cultura material. En paralelo, la discusión en filosofía de la biología y filosofía de la técnica durante los últimos veinte años distingue entre funciones propias y sistémicas (Krohs y Kroes 2009). Esta distinción sigue atada a la idea de contribución a un sistema particular y constituye una porción ínfima de la totalidad de realizaciones (virtuales o reales-históricas) de un artefacto.

Si observamos al artefacto en su contexto «natural», es necesario tomar en cuenta los entornos, las ecologías artificiales (Hörl 2017) o «esferas» (Sloterdijk 2017). Lejos de ser «actantes» latourianos que operan en un territorio plano y completamente simétrico, es el contexto de las prácticas el que otorga un aspecto cuasi-agencial a las cosas técnicas. Si quitáramos las prácticas (sentarse en sillas, recordar parientes fallecidos, hacer pizzas o poemas), desaparecería el aspecto de agencialidad y permanecerían solo los rasgos físicos de los objetos.

Finalmente, el esencialismo funcional tiene el efecto de fetichizar al artefacto como objeto y establecer una diferencia onto-antropológica entre los humanos y la técnica. Contra esta perspectiva todavía hegemónica en el área de ontología de los artefactos, creemos que la noción de «artefacto» no puede ser separada de la noción de «práctica». Los artefactos son nodos estabilizadores de prácticas, centros alrededor de los cuales se estructura la acción humana (Vega 2020). De este modo, lo que importa son los procesos más que los objetos, es decir, las redes temporales que surgen de los efectos de las prácticas en acción. En última instancia, la noción de artefacto puede ser conservada solo como una ficción conveniente, como un fenómeno visible a un cierto nivel de magnitud. Siguiendo a Malafouris (2008: 32), la «anatomía de la acción» exhibe dos dimensiones: una crono-arquitectura y una topología cognitiva que marcan el ordenamiento de las prácticas alrededor de los artefactos como sedimentaciones de prácticas en el contexto de la agencia material. Un edificio, por ejemplo, es un ordenador espacial; sin embargo, las dos dimensiones son inseparables y lo importante es cómo las acciones humanas se desarrollan en el contexto de ordenamientos relativamente «fijos», pero también sujetos a cambios en el tiempo.

III. 2. EFICACIA SIMBÓLICA Y MATERIAL

Una dimensión que no suele estar tematizada de manera amplia y sistemática en la discusión de filosofía de los artefactos es la de las funciones simbólicas que corporizan los artefactos en el conjunto de la vida social (Preston 2013 es una excepción a esta tesis; también Schiffer 2011, aunque sin herramientas estrictamente filosóficas). En el ámbito de la investigación etnográfica sobre cultura material, la cuestión se ha abordado en términos de la diferencia entre estilo y función (por ejemplo, Lemonnier 1993). Los estilos o aspectos simbólicos sí realizan algo. La función de un jean no es meramente cubrir el cuerpo para evitar la pérdida de temperatura, sino también indicar algo respecto a la identidad de quien lo porta. Esta naturaleza simbólica o comunicativa de los objetos es originaria, y esta tesis vale también para los adornos de las comunidades paleolíticas, es decir, no debe ser situada sólo en el marco de la cultura de masas occidental. En cierto punto, esta división entre lo simbólico y lo

material sigue el mismo patrón del esencialismo funcional, esta vez centrado en cierta dimensión de eficacia «simbólica».

De acuerdo con nuestra propuesta, las «esferas de eficacia» del jean (conservador del calor corporal, protector de la piel, dador de identidad social, etc.) deben ser consideradas desde una perspectiva naturalista, lo cual implica una especie de monismo ontológico. En este punto es relevante atender a la cuestión de la eficacia de los objetos técnicos en el marco de determinadas prácticas. En este sentido, de todas las realizaciones posibles de un cierto ítem de cultura material, tendemos a clasificar algunas de ellas como «eficaces», por ejemplo, esta copa es eficaz albergando y preservando al vino que contiene, o bien este lápiz negro es eficaz para escribir sobre superficies de papel blanco, y no resulta eficaz si sólo disponemos de hojas negras. Analicemos ahora un fenómeno análogo de eficacia en el caso de los organismos. El pavo real posee rasgos que contribuyen de modo distinto a su adaptación. Su estómago, por ejemplo, cumple funciones, realiza algo materialmente relacionado con el metabolismo del organismo. Sin embargo, las plumas del pavo real, que también son entes materiales como el estómago, operan con otro sentido de eficacia distinto en cuanto favorecen el apareamiento, contribuyendo igualmente a la supervivencia y reproducción del individuo. En el ámbito biológico no parece tener sentido una distinción entre un poder simbólico y un poder material. Más bien lo que tenemos es un solo organismo que opera eficazmente en su entorno, es decir, un organismo que puede procesar alimentos y puede aparearse con otros de sus congéneres.

Una propuesta materialista como la que se presenta en este marco procura aplicar este criterio naturalista a las realizaciones de los artefactos técnicos. Es decir, se trata de no separar entre sus contribuciones materiales y simbólicas como si se trataran de dos órdenes de eficacia distinta. Todas son realizaciones en pie de igualdad que contribuyen a la reproducción de un ítem o de un organismo. Los pantalones de cierta marca se siguen reproduciendo no sólo, ni principalmente, por su contribución causal al abrigo de quien los compra, sino por un conjunto amplio y heterogéneo de realizaciones que dicho ítem actualiza. En este sentido acotado, podríamos afirmar que lo simbólico es la continuación de lo material por otros medios, es decir, una especie de subdimensión de lo material.

En este sentido un fenómeno cultural macro como la Revolución Sexual de los años sesenta del siglo pasado puede ser comprendida como una realización apoyada en un conjunto de realizadores múltiples. Efectivamente la emergencia de un fenómeno de liberación sexual depende de un conjunto de múltiples y heterogéneos realizadores operando en varias escalas, entre ellos la píldora anticonceptiva, cuya eficacia causal está materialmente anclada en los elementos químicos que la componen. Dichos elementos químicos son tan

materiales como el pigmento de las plumas del pavo real. En resumen, la idea de que la ontología de los artefactos opera en dos ámbitos separados (material y simbólico) es una especie de lastre metafísico que nuestra propuesta sobre los realizadores procura evitar.

IV. CONCLUSIONES

El presente artículo ha procurado presentar una serie de intuiciones en torno a la idea de los artefactos como realizadores. Se trata de una propuesta en cierto modo programática que pretende erigirse como un adversario del modelo hegemónico presente en el actual debate de ontología de los artefactos.

La sección [1] se ocupó, en primer término, de caracterizar el estatuto de los artefactos en cuanto «realizadores», una noción que procura relocalizar el lugar típicamente asignado a los objetos técnicos como objetos funcionales. La sección [2], por su parte, realizó una serie de precisiones sobre la misma noción de «realización», acerca de su papel dentro de una perspectiva ontológica y su conexión con otras nociones propias del debate contemporáneo. La tercera sección, finalmente, se ocupó de reconstruir las posiciones de dos adversarios teóricos de una teoría de los realizadores enfatizando especialmente los enfoques dualistas que subyacen al denominado esencialismo funcional (lenguaje hegemónico en el debate sobre ontología de los artefactos derivado de la Escuela de Delft) y a las posiciones que distinguen a la eficacia simbólica de la material, suponiendo dos territorios del mundo no conectados entre sí. Las dificultades propias de los enfoques dualistas señalados en esta última sección son superados por la idea de los artefactos como realizadores que participan y activan sus capacidades en un solo mundo material.

Por último, cabe destacar que algunas líneas abiertas por la indagación propuesta en este artículo se orientan a sistematizar una noción de artefacto-como-realizador que sea capaz de justificar la permanencia de la misma noción de «artefacto» como unidad de análisis pero sin asociarla a la lectura más bien atomista (presente en los enfoques intencionalistas) que concibe a los objetos como productos intencionales atados a una mente y no focaliza las relaciones inherentemente materiales que vinculan a un artefacto con otros entes no humanos (objetos y sistemas). Por otra parte, se abre también la pregunta acerca de en qué sentido esta perspectiva de los artefactos-como-realizadores es sustantivamente distinta a la propuesta del denominado «realismo especulativo», una cuestión que a nuestro entender estaría resuelta si consideramos la escala plana (flat ontology) en la que operan dichas posiciones, superando de algún modo las fronteras disciplinares de la filosofía de la técnica. En esta dirección sugerimos que una posible respuesta gira alrededor de una clasificación de artefactos (individuo técnico, herramienta, máquina, sistema, objeto, etc.) que trace una línea fina entre diferentes tipos de realizadores. Aquí, el estableci-

miento de un régimen de causalidad interna se erige como un criterio central en términos de la permanencia y capacidad de acción del artefacto.

V. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AKRICH, M y LATOUR, B. (1992). «A summary of a Convenient Vocabulary for the Semiotics of Human and Nonhuman Assemblies», en: BIJKER, W. y LAW, J., Eds., *Shaping Technology-Building Society. Studies in Sociotechnical Change*, Cambridge: MIT Press.
- BAYSAN, U. (2015). «Realization Relations in Metaphysics», *Minds and Machines*, 25.3: 247–260.
- BREY, P. (2005). «Artifacts as social agents», en: H. HARBERS, ed. *Inside the Politics of Technology. Agency and Normativity in the Co-Production of Technology and Society*, Amsterdam University Press, pp. 30-59.
- BRONCANO, F. (2000). *Mundos artificiales. Filosofía del cambio tecnológico*. México: FCE.
- BRYANT, L. (2014). *Onto-cartography. An ontology of machines and media*. Edimburgh: Edimburgh University Press.
- ELDER, C. (2007). «On the place of artifacts on ontology», en: E. MARGOLIS y S. LAURENCE (eds.). *Creations of the mind. Theories of artifacts and their representation*, New York: Oxford University Press.
- FERRARIS, M. (2005). *Dove sei? Ontologia del telefonino*, Milano: Tascabili.
- HARMAN, G. (2015). *Hacia el realismo especulativo*. Buenos Aires: Caja negra.
- HILPINEN, Risto (1992). «On Artifacts and Works of Art», *Theoria*, 58 (1): 58-82.
- HILPINEN, Risto (1993). «Authors and Artifacts», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 93: 155-178.
- HÖRL, E., ed. (2017). *General Ecology. The New Ecological Paradigm*. New York: Bloomsbury.
- HUTCHINS, E. (2010). «Cognitive ecology», *Topics in Cognitive Science* 2(4): 705-715.
- JUVSHIK, T. (2021). «Function essentialism about artifacts». *Philosophical Studies* 178(2): 1-22, doi 10.1007/s11098-020-01594-w.
- KROES, Peter (2012). *Technical artifacts. Creations of mind and matter*, New York: Springer.
- KROES, Peter and MEIJERS, Anthonie (2002). «The dual nature of technical artifacts: presentation of a new research programme», *Techné*, (6), 2: 4-8.
- KROHS, U. y KROES, P. (eds.) (2009). *Functions in biological and artificial worlds*, Londres: MIT Press.
- LATOUR, B. (1992). «Where are the missing masses? Sociology of a few mundane artefacts», en: BIJKER, W. y LAW, J., Eds., *Shaping Technology-Building Society. Studies in Sociotechnical Change*, Cambridge: MIT Press.
- LEMONNIER, P. (1993). *Technological choices. Transformations in material cultures since the Neolithic*. Londres: Routledge.
- MALAFOURIS, Lambros (2008). «At the Potter's wheel: an argument for material

- agency», en: KNAPPET, Carl y MALAFOURIS, L. (Eds), *Material Agency. Towards a non-anthropocentric approach*. Berlin: Springer.
- MCGRAIL, R. (2008). «Working with Substance: Actor—Network Theory and the Modal Weight of the Material,» *Techné*, vol. 12, n° 1, pp. 65-84.
- MEILLASSOUX, Q. (2010). *After Finitude: An Essay on the Necessity of Contingency*. Londres: Oxford University Press.
- MILLIKAN, Ruth (1999). «Wings, Spoons, Pills and Quills: A Pluralist Theory of Function», *The Journal of Philosophy*, 96, (4): 191-206.
- MINKOWSKI, H. (2012). *Space and Time: Minkowski's papers on relativity*. Montreal: Minkowski Institute Press.
- PARENTE, D. (2016). «Los artefactos en cuanto posibilitadores de acción. Problemas en torno a la noción de agencia material en el debate contemporáneo», *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, vol. 16, num 33, pp. 34-58.
- PARENTE, D. y CRELIER, A. (2015). *La naturaleza de los artefactos. Intenciones y funciones en la cultura material*. Buenos Aires: Prometeo.
- PRESTON, Beth (1998). «Why is a wing like a spoon? A pluralist theory of function», *The Journal of Philosophy*, (95), 5: 215-254.
- PRESTON, Beth (2009). «Philosophical Theories of Artifact Function», en: MEIJERS, A. y otros, Eds., *Philosophy of Technology and Engineering Sciences (Handbook of the Philosophy of Science, Volume 9*, Amsterdam: Elsevier.
- PRESTON, Beth (2013). *A philosophy of material culture. Action, function, and mind*, New York: Routledge.
- SCHIFFER, M. (2011). *Technological change. A behavioural approach*. Salt Lake City: University of Utah Press.
- SIMONDON, G. (2008). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo.
- SLOTERDIJK, P. (2017). *Esferas I*, Madrid: Siruela.
- THOMASSON, Amie (2007), «Artifacts and Human concepts», en: MARGOLIS, E. y LAURENCE, S. (Eds.). *Creations of the mind. Theories of artifacts and their representation*. New York: Oxford University Press.
- THOMASSON, Amie (2009), «Artefacts in metaphysics», en: MEIJERS, A. (ed.), *Philosophy of technology and engineering sciences*. Amsterdam: Elsevier B.V.
- TOMASELLO, Michael (1999). *The cultural origins of human cognition*. Londres: Cambridge University Press.
- VEGA, J. (2020). «Artifactual affordances within taskscapes», *Límite| Interdisciplinary Journal of Philosophy & Psychology* (2020) 15: 23.

DIEGO PARENTE es es Investigador Independiente (CONICET) y profesor regular del Departamento de Filosofía (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina)

Líneas de Investigación:
Problemas de filosofía de la técnica

Publicaciones recientes:

- (2020). «El giro posthumanista en las humanidades y sus implicaciones para la filosofía de la técnica», *Isegoría*, (63).
- (2019). «El humano distribuido. Cognición extendida, cultura material y el giro tecnológico en la antropología filosófica», *Revista de Filosofía* (Universidad Complutense Madrid), vol. 44, (2) (en coautoría con A. Vaccari).

Correo electrónico: diegoparente@yahoo.com

ANDRÉS VACCARI es Doctor en Filosofía por Macquarie University (Sydney), Investigador Adjunto del CONICET, Director del Instituto de Estudios en Ciencia, Tecnología, Cultura y Desarrollo (CITECDE-UNRN) y Profesor Adjunto en la Universidad Nacional de Río Negro (Argentina).

Líneas de investigación

Filosofía de la técnica, el posthumanismo y la historia del mecanicismo.

Publicaciones recientes:

- (2021). «Cosmotechnical thought between substantivism and the empirical turn», *Foundations of science*, DOI:10.1007/s10699-020-09754-1).
- (2020). «Neosubstantivism as cosmotechnics: Gilbert Simondon versus the transhumanist synthesis», *Angelaki: Journal of the Theoretical Humanities*, 25(4): 39.53).